

Rosino GIBELLINI, *La teologia del XX secolo*, Queriniana, Brescia 1992, 658 pp., 16 x 22; *Panorama de la théologie au XXe siècle*, Cerf, París, 1994, 684 pp., 14, 5 x 23.

Rosino Gibellini, doctor en Teología y director literario de una de las editoriales italianas más significativas, la Queriniana, de Brescia, viene dedicando desde hace años una parte importante de su actividad a seguir la producción teológica contemporánea. Fruto de ese trabajo han sido diversas monografías informativas y analíticas sobre algunas de las corrientes de mayor relieve en las últimas décadas: la teología de la liberación, las teologías del tercer mundo, la teología feminista, etc. En la presente obra aborda un intento de más envergadura: ofrecer una amplia panorámica del desarrollo de los ideas teológicas en nuestro siglo.

De entre los diversos esquemas posibles: cronológico, geográfico-cultural o por países, sistemático o por corrientes de pensamiento, Gibellini opta por este último. De acuerdo con el predominio que, a su juicio, corresponde a la teología protestante en la evolución del pensamiento de nuestra época, inicia su estudio dedicando los dos primeros capítulos a la consideración de dos figuras que han dominado durante décadas la escena intelectual: Karl Barth y Rudolf Bultmann (pp. 9-56, de la edición original italiana). Prosigue analizando, en diversos capítulos, la teología hermenéutica de Ernst Fuchs y Gerhard Ebeling, la teología de la cultura tal y como la plantea Paul Tillich, las relaciones entre teología y modernidad según Dietrich Bonhöffer, y la teología de la secularización de acuerdo con Friedrich Gogarten y la polémica subsiguiente (pp. 57-160).

Al llegar al capítulo VII Gibellini da entrada a la teología católica, respecto a la que, en un centenar de páginas (pp. 161-270), abandonando por unos momentos el método expositivo por líneas de pensamiento, esboza su desarrollo de conjunto partiendo para ello de la crisis modernista y analizando después la renovación teológica que tuvo lugar, ya entrado el siglo, tanto en Francia (Theilhard de Chardin, de Lubac, Daniélou, Congar, Chenu) como en Alemania (Guardini, Rahner, von Balthasar). A continuación —capítulos VIII y siguientes—, volviendo a la exposición por planteamientos teológicos, estudia la teología de la historia o como historia, es decir, a Cullmann y Pannenberg, la teología de la esperanza de Moltmann, la teología política según Johann Baptist Metz, la teología concebida como comprensión de la experiencia cristiana de acuerdo con el planteamiento de Schillebeeckx (pp. 271-370).

En los capítulos mencionados han aparecido las figuras más representativas de la teología de mediados de nuestro siglo, caracterizándolas en re-

ferencia a la línea de pensamiento que, de un modo u otro —y a juicio, obviamente, del autor— representan. Los capítulos restantes —del XII en adelante— mantienen esa metodología expositiva, pero referida a planteamientos en los que el protagonismo corresponde no ya autores singulares, sino a corrientes o grupos de autores: la teología de la liberación, la teología negra norteamericana y sudafricana, la teología feminista (pp. 371-480). Un capítulo dedicado a la teología en el tercer mundo, y más exactamente en Africa y en Asia (pp. 481-522), y a los intentos de teología ecuménica, particularmente en la dirección emprendida por Hans Küng (pp. 523-558) cierran la obra, a la que se añade, finalmente, un amplio y cuidado apéndice bibliográfico.

El estilo narrativo de Rosino Gibellini es a la vez sencillo y cuidado, lo que contribuye a hacer agradable la exposición. La historia está bien contada y el pensamiento de los diversos autores expuesto con exactitud, procurando ir a los aspectos o núcleos centrales de los respectivos planteamientos. La información bibliográfica es, como ya queda dicho, amplia, con predominio de la producción italiana, pero con atención también a la de otros países, particularmente a los de expresión alemana, inglesa o francesa (en la edición en esta última lengua se han completado, o en su caso, adaptado las referencias). La obra constituye, en suma, un buen libro de lectura y de consulta para quien desee conocer la situación de la teología en nuestra centuria o introducirse al estudio de sus protagonistas principales.

Las características mencionadas estaban presentes ya en las anteriores obras de Gibellini, como también lo estaba la actitud o perspectiva de fondo desde la que analiza la historia. Gibellini, en efecto, no es un observador neutral —suponiendo que ese tipo de observador pueda existir—, sino comprometido: toma decididamente partido no ya sólo por una teología renovada —¿quién no?—, sino, más concretamente, por una teología crítica o, si prefiere decirse así, por un criticismo teológico. Y esto obviamente se manifiesta en la obra, en la que, como ya hemos señalado, el pensamiento de los diversos autores está expuesto con fidelidad, pero en la que no faltan apreciaciones o enfoques que, a nuestro juicio, pecan de unilaterales.

Una manifestación de esa actitud —quizá la más importante— es la decisión, un tanto sorprendente, de no incluir en el libro ningún apartado o capítulo destinado a exponer la teología de corte escolástico o neoescolástico. Sea cual sea el juicio que sobre esa teología se tenga, esa corriente de pensamiento —en la que no faltan personalidades de relieve como un Garrigou-Lagrange o, en el campo filosófico pero con claras preocupaciones teológicas, un Gilson y, sobre todo, por lo que a la atención a la teolo-

gía se refiere, un Maritain— ocupa un lugar en la evolución de las ideas teológicas de nuestra centuria. Y lo que es más, sin ese movimiento de ideas no se entienden otros, como, por ejemplo, la figura de Ambrose Gardeil y, por tanto, la aparición uno de los focos de renovación teológica más significativos: Le Saulchoir.

Esa falta de atención al movimiento neoescolástico puede tal vez haber influido en otro hecho: la dificultad con que el autor se encuentra para dar entrada, a principios de siglo, a la teología católica, otorgando en consecuencia un predominio, a nuestro juicio excesivo, a la protestante. Y ello no, claro está, porque la teología católica se identifique con la teología escolástica o neoescolástica, ni siquiera a fines del siglo pasado y principios del nuestro —bastaría evocar la escuela de Tubinga para evidenciarlo—, sino porque sólo si se capta en todas sus dimensiones la hondura del debate que agitó al mundo católico en torno a la renovación teológica —uno de cuyos componentes fue, precisamente, el movimiento escolástico— se está en condiciones de abordar adecuadamente la evolución posterior de las ideas. La crisis modernista hace referencia, por lo demás, a cuestiones no totalmente distintas de las que, una década más tarde, provocaron la reacción barthiana, y esto, nos parece, no debe ser olvidado.

Sea lo que sea de las consideraciones que acaban de esbozarse, y de la clave de hermenéutica histórica que de ellas deriva, el hecho es que, en todo caso, la descripción de la evolución de la teología católica que se realiza en el capítulo VII, no sólo resulta breve en proporción con el conjunto de la obra, sino que no acaba de dar del todo razón del desarrollo ideológico que tuvo lugar, como la manifiesta el hecho, ya señalado, de que, en estas páginas, se haya abandonado el esquema ideológico para seguir el geográfico-cultural, lo que, teniendo en cuenta la estructura del libro, oculta aspectos importantes. Expresémoslo en diálogo con la breve síntesis con la que Gibellini concluye su libro (pp. 559-560).

Señala ahí nuestro autor que a lo largo del recorrido de la teología del siglo XX cabe detectar cuatro movimientos determinantes: la teología dialéctica barthiana; el giro antropológico y hermenéutico en la línea tanto de un Bultmann o de un Tillich, como de un Rahner; la radicalización del giro hermenéutico y su modificación en sentido socio-político que desemboca en la teología política y la teología de la liberación; el emerger de teologías en el tercer mundo, rompiendo el predominio europeo —o, en términos más amplios, occidental— respecto al teologizar. Esa síntesis es, en lo que afirma, válida, pero deja fuera toda una línea cuya importancia en el ir y venir de las ideas en el siglo XX no puede ser desconocida: la de pensadores como Guardini, Congar, de Lubac, von Balthasar, etc., que no

se reconocerían en ninguno de los cuatro movimientos que Gibellini privilegia, y que, si tuvieran que definirse, tal vez lo harían entroncando con la gran tradición de la teología como *explicatio fidei*.

Trazar la historia de un movimiento en curso, y en el que uno mismo está comprometido —y eso ocurre en todo intento de esbozar hoy y ahora una historia de la teología en el siglo XX—, es sin duda alguna arriesgado y, en todo caso, expuesto particularmente a discusión. Sólo el diálogo entre las diversas interpretaciones puede ofrecer esas garantías de relativa objetividad que, respecto a otras épocas, trae consigo la distancia temporal. La obra de Gibellini, además de la información que ofrece, entra en ese diálogo. A continuarlo y ampliarlo aspiran, como es obvio, las observaciones que, por nuestra parte, acabamos de esbozar.

J. L. ILANES

Constancio GUTIÉRREZ, *Trento, un problema: la última convocación del Concilio (1552-1562). I. Estudio*, Universidad Pontificia Comillas («Corpus Tridentinum Hispanicum», V), Madrid 1995, XXXIV-614 pp., 17 x 24.

El jesuita Constancio Gutiérrez, el especialista número uno del Concilio de Trento, se halla embarcado desde hace muchísimos años en una empresa de gran envergadura, un *Corpus Tridentinum Hispanicum*, que, si llega a buen puerto, constará de unos doce densos volúmenes, dos menos de los previstos en 1981. El primero, agotado, *Espanoles en Trento*, Valladolid 1951 en más de 1100 pp. reúne una inmensa cantidad de noticias sobre todos los españoles que participaron en las tareas tridentinas. Es la obra de obligada referencia, a la que todos acudimos, sin sentirnos nunca defraudados. Los volúmenes II, III y IV titulados *Trento: un concilio para la unión (1550-1552)*, Madrid 1981, con un total de unas 1850 pp., se ocupa exclusivamente del segundo periodo. Ante todo edita críticamente las fuentes, muchas de ellas nuevas, y después las analiza a fondo.

En la presente ocasión ha comenzado por el *Estudio*, pero no del tercer periodo, sino sólo de su preparación o *Preconcilio*. Han de seguir cinco o seis volúmenes con el material que le ha servido de base. Puesto que la sustancia de las fuentes es ahora del dominio público ¿no sería preferible que terminase la historia del *Concilio* y del *Postconcilio*, que en 1981 estaba ya en parte preparada?

Apresurémonos a decir que las líneas generales del presente volumen eran ya conocidas: el litigio de los cabildos con los obispos, el impuesto